

1.º de febrero y los griegos en su Menologio á los 28 de enero.

Fué varon admirable y divino, y alumbrado de Dios, y muy estimado y alabado de los santos antiguos. S. Gregorio Niseno, que escribió su vida, le compara á Abel, á Noé, á Abraham, á Moisés, á Samuel, y á los demás profetas y santos del Viejo Testamento. S. Basilio le alega, y dice de él que estaba tan apartado de la sabiduria del mundo, quanto estaba cerca de la ciencia celestial. S. Juan Crisóstomo le llama *el gran Efen*, *consolador de los afligidos y guía de los penitentes*. Teodoro le llama *Varon admirable y escelentísimo*. S. Jerónimo dice que escribió muchas obras en su lengua siríaca, y que fué tan estimado, que en algunas iglesias despues de la Sagrada Escritura se leían sus escritos. Metafraste, Sozomeno, Niceforo Calixto, y los demás escritores de la historia eclesiástica, como S. Anastasio Sinaíta, Focio patriarca, Gregorio, Cedreno, Teodoro, Prodromo, hablan de S. Efen como de un varon sublime, escelentísimo y divino. Sus obras son muy espirituales, y en ellas, como en un clarísimo espejo, resplandece el grande ingenio de Efen, la elocuencia singular, los altos conceptos, y sobre todo un espíritu celestial y soberano, suave, eficaz, blando y fervoroso de que Dios le habia dotado. Admiraron tanto estas obras á los santos antiguos y sabios griegos, que las tradujeron de la lengua siríaca en la suya; y por la bondad del Señor se han derivado á nosotros en nuestro tiempo por el doctor Gerardo Vassio, aleman, que las ha recogido y traducido de griego en latin, é ilustrado con sus eruditas anotaciones, é impreso en Roma.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es artículo de fe que todos los que mueren en gracia, pero sin haber satisfecho plenamente á la justicia de Dios, van á purificarse, y á espiar sus culpas en las penas del purgatorio; esto es, que antes de entrar en el cielo, donde no se admite la mas ligera mancha, indispensablemente han de padecer tormentos en la otra vida por las mas mínimas faltas que no hayan satisfecho en esta, hasta extinguir enteramente la deuda contraída á favor de la justicia divina. En virtud de una verdad tan constante, así por la sagrada Escritura, como por los concilios y por la tradicion, la santa Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, en todas las misas hace particular oracion por los difuntos. *Memento etiam, Domine*, dice el sacerdote, *famulorum famularumque tuarum, qui nos præcesserunt cum signo fidei, et dormiunt in somno pacis*: acuérdate tambien, Señor, de aquellos

siervos y siervas tuyas, que nos precedieron en la señal de la fe, y duermen el sueño de la paz. *Ipsis, Domine, et omnibus in Christo quiescentibus locum refrigerii, lucis, et pacis, ut indulgeas, deprecamur; per Christum Dominum nostrum*: suplicámoste, Señor, que así á estos como á todos los que descansan en Cristo, los concedas por tu misericordia el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz; por Cristo nuestro Señor. De manera, que además de la oracion que se hace en el sacrificio de la misa por las almas de aquellos que nombran en particular, dispone la Iglesia que todos los días se pida en general á Dios por todas las almas que están en el purgatorio. Esta buena Madre pide por aquellas benditas y afligidas almas, en primer lugar el refrigerio por el fuego en que se abrasan; despues la luz por las tinieblas que las circundan; y finalmente, la paz por las agitaciones que padecen. Esta oracion por los difuntos en el santo sacrificio de la misa se halla en todas las liturgias mas antiguas, tanto de la Iglesia griega, como de la latina, y es de tradicion apostólica, como lo testifica Tertuliano en el libro *de la corona del soldado*; S. Cipriano en la epistola 66; S. Cirilo de Jerusalem, S. Epifanio, S. Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Agustin, y todos los santos padres; como tambien el cuarto concilio de Cartago, el segundo de Vaison, el de Orleans, el de Braga, y las liturgias de todos los siglos.

Ciertamente cuando se examina sin preocupacion el dogma católico sobre la oracion por los difuntos, apenas se puede comprender como ha habido entendimientos que se hayan amotinado contra un dictámen tan antiguo, tan autorizado, tan conforme á la luz de la razon, y aun á los mismos impulsos de la naturaleza. Parece que por este medio quiso la divina Providencia humillar nuestra presuncion, haciéndonos conocer hasta donde es capaz de descaminarse; y al mismo tiempo fortificar nuestra fe, dando ocasion para que sucesivamente se fuesen profundizando todos los puntos, y confirmándose mas. Y este es el provecho que se puede decir ha sacado la Iglesia de las herejias suscitadas en todos los siglos.

Observa hoy la Iglesia en todo el mundo la costumbre de ofrecer por los difuntos el santo sacrificio de la misa, como lo observaba en tiempo de S. Juan Crisóstomo, segun lo espresa él mismo en la homilia 69; esto es, en una de aquellas exhortaciones doctrinales que hacia al pueblo de Antioquia: *Circa defunctos ne temerè lugeamus*: á los difuntos no los lloremos temerariamente, y sin fruto, dice el Santo; lloremoslos enhorabuena, pero al mismo tiempo solicitémoslos algun alivio: *Hos*

lugeámus. *Ex cogitemus eis aliquid solatii.* ¿Pero cómo, y por qué medio: *Qualiter, et quonam modo?* haciendo nosotros oracion por ellos, y solicitando que los otros los encomienden á Dios: *Orantes, et alios precantes ut pro eis deprecantur:* dando limosnas á los pobres con este fin; *pro eis pauperibus largientes continuè.* Esto alivia en alguna manera á los difuntos: *habet hæc res aliquam consolationem.* No sin razon ordenaron los apóstoles, que en el tremendo y adorable sacrificio de la misa se hiciese oracion á Dios por los difuntos: *Non temerè ab apostolis hæc sancita fuerunt, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio.* Sabian muy bien lo mucho que aprovechaba á los difuntos el divino sacrificio: *Sciunt enim illi indè multum contingere lucrum, utilitatem multam:* por que al fin, juntándose las oraciones del pueblo á las poderosas del sacerdote que celebra la misa, ¿como puede dejar de oirlas el Señor? *Cùm enim totus constiterit populus, extensis manibus, sacerdotalis plenitudo, et tremendum proponatur sacrificium, quomodò Deum non exorabimus pro his deprecantes?* ¿Y qué otra cosa pretendéis cuando encargais al sacerdote alguna misa por un difunto, sino que su alma entre cuanto antes en el descanso de los bienaventurados, y encuentre favorable al supremo Juez? *Quid orare sacerdotes exhortaris? nonne ut in requiem transeat defunctus, et propitium Judicem habeat?*

S. Agustin en el sermón 172, sobre las palabras del apóstol S. Pablo, exhorta vivamente á los fieles á que con oraciones, limosnas, y especialmente con el santo sacrificio de la misa, soliciten el alivio de los difuntos que están pagando en el purgatorio aquellas ligeras culpas, por las cuales no dieron en vida plena satisfaccion á la divina Justicia.

Todas estas fúnebres pompas, dice este gran Santo, esos numerosos acompañamientos, esas magnificas exequias, esos ricos y soberbios mausoleos: *Vivorum sunt qualiacumque solatia, non adjutoria mortuorum,* son cierta especie de consuelo para los vivos; pero no son ni sufragio ni alivio para los muertos: *Orationibus verò sanctæ Ecclesiæ, et sacrificio salutari, et elemosynæ, que pro eorum spiritibus erogantur, non est dubitandum mortuos adjuvari:* lo que sin duda los sirve de alivio y de sufragio son las oraciones de la Iglesia, el santo sacrificio de la misa, y las limosnas que por sus almas se reparten á los pobres. *Ut cum eis misericordius agatur à Domino, quam eorum peccata meruerunt:* esto sirve para que Dios los trate con mas piedad y con mas misericordia que la que merecian sus pecados. Es antigua costumbre, establecida en toda la Iglesia, segun la tra-

dicion de los Padres, prosigue el santo Doctor, hacer oracion por aquellos que murieron en la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo, singularmente en aquella parte del sacrificio donde se hace conmemoracion de ellos, como tambien especificar los nombres de aquellos por quienes particularmente se ofrece: *Hoc enim à Patribus traditum universa observat Ecclesia; ut pro eis qui in corporis et sanguinis Christi communionem defuncti sint, cum ad ipsum sacrificium loco suo commemorantur, oretur, ac pro illis quoque id offerri commemoretur.* Pero cuando estas oraciones por los difuntos van acompañadas con obras de misericordia, ¿quién duda que les son muy provechosas? *Quis eis dubitet suffragari, pro quibus orationes Deo non inaniter allegantur?* No se puede negar que todo esto ayuda mucho á aquellos difuntos que mientras estuvieron en vida merecieron ser socorridos con estos auxilios despues de muertos; pero no te persuadas, añade el Santo, que todas las oraciones que se rezan, todas las buenas obras que se hacen, y todas las misas que se ofrecen por tales y por tales muertos, las acepta siempre Dios en favor de aquellos por quienes se aplican. De esa manera saldrian mejor librados en la otra vida los grandes del mundo, que de ordinario salen de ella mas deudores á Dios, y serian preferidos á otros pobres mas virtuosos, que fueron de inferior condicion y de humilde fortuna: *Non ergo mortuis nova merita comparantur, cum pro eis boni aliquid operantur sui.* Porque es de advertir que á los difuntos no les añaden nuevos méritos las buenas obras que se ofrecen por ellos. *Non enim actum est, nisi cum hic viverit ut eos hæc aliquid adjuvent, nisi cum hic vivere destitissent:* si queremos que despues de muertos nos sirvan todas las oraciones y todas las buenas obras que se apliquen por nosotros, vivamos de manera que merezcamos las aplete, y nos las aplique el Señor despues de muertos. ¡Y despues de todo esto, aun habrá hombres tan prevenidos, y tan preocupados del espíritu del error, que todavía se empeñen en defender que el hacer oracion por los difuntos es invencion de los postreros siglos!

Pide la Justicia divina que todos los pecados sean castigados, pero con alguna proporcion; de manera, que el castigo de una culpa leve no sea tan grande como el de una culpa grave; pues como no se puede negar que en los que mueren en gracia se hallan algunas culpas tan ligeras que no merecen los suplicios eternos, es preciso convenir que necesariamente ha de haber en la otra vida algunas penas distintas de las del infierno, á lo menos en la duracion, para el castigo de estas ligeras culpas. La

muerte no priva á la justicia de Dios de su derecho, ni á su misericordia de poder usar de alguna gracia con las almas que están en su amistad. Pero ellas ya no pueden merecer por sí mismas ni el alivio de las penas, ni la gracia de que se las abrevien. Son como aquellos que están presos por deudas, y no tienen con que pagarlas, los cuales recurren á sus parientes y á sus amigos para que satisfagan por ellos. El comercio que hay entre todos los fieles unidos por el vínculo de la caridad obliga á aquellas pobres almas á recurrir á sus amigos y á sus deudos para que satisfagan por ellas á la justicia de Dios, porque en la cárcel donde se hallan padecen extrema necesidad. Respecto de ellas, todos, por decirlo así, somos ricos; nos sobran medios y recursos para socorrerlas; oraciones, limosnas, buenas obras, misas, ayunos, penitencias, todo es caudal con que podemos solicitar la libertad de aquellas pobres almas. ¡Y qué reconocidas no estarán á sus bienhechores y libertadores aquellas cuyas penas se aliviaron ó se abreviaron por sus caritativos oficios! En el cielo, donde está en su perfeccion la caridad, nunca olvidarán lo que debieron á los que aceleraron su dicha, satisfaciendo por ellas. Y aquel gran Dios, que promete el cielo á quien diere en su nombre y por su amor un vaso de agua; aquel divino Salvador, que agradece como si se hiciera á su misma persona lo que se hace con el mas mínimo de sus siervos, ¿con qué ojos mirará esas misas, esas penitencias, esas oraciones, esas buenas obras que se ofrecen por aquellas almas predestinadas, que le son tan gratas, y que está tan pronto como propenso á libertarlas? ¿hay obra de misericordia mas meritoria que la que se ejercita con los difuntos? ¿hay devocion mas sólida ni mas conforme al espíritu y al corazón de un cristiano que la devocion con las ánimas del purgatorio?

Admiremos en este punto de nuestra religion la infinita sabiduría y la maravillosa providencia de Dios, que queriendo componer un solo cuerpo de todos los fieles, supo hacer perpetua la union de los miembros de la Iglesia, juntando por ese comercio de caridad los que todavía viven en la tierra con los que la muerte separó de su compañía corporal. Por este medio se estableció, y se conserva una continua comunicacion de beneficios entre los vivos y los muertos, igualmente útil á los unos y á los otros, haciéndoles á todos participantes de los méritos de su amable Redentor. Nuestras oraciones y nuestras buenas obras libran á los difuntos de los mayores males, y su intercesion nos solicita á nosotros los mayores bienes; nosotros los hacemos participantes de todo lo bueno que obramos, y ellos en la gloria se empeñan

eficazmente para que tengamos parte en la dicha que gozan. De manera, que la caridad, el agradecimiento y la ternura se perpetuan entre los hijos de Dios, y reciprocamente se ayudan á bendecir, admirar y alabar por toda la eternidad las infinitas perfecciones del Padre celestial.

La misa es de los difuntos, y la oracion la que sigue:

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que ob-
tengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdón que siempre esperaron de tí: Que vivas y reinas, etc.

La Epistola es del capítulo 14 del Apocalipsi.

En aquellos dias: Oí una voz Desde ahora, les dice el Espíritu del cielo, que me decia: Escrito, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES.

Oí una voz que venia del cielo, y me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¿Pero era menester que bajase del mismo cielo una voz para persuadirnos que solamente son bienaventurados aquellos que mueren en el Señor? ¿Era menester que este oráculo se grabase en el mármol y en el bronce con caracteres indelebles para que nunca se nos borrarse de la memoria? Pues qué, ¿hay por ventura cosa alguna que no nos esté demostrando una verdad que dicta la misma razón, que nos está enseñando una continua esperiencia, y es uno de los principales artículos de nuestra fe? Todo cuanto hay publica esta verdad; ninguno reclamó contra este oráculo; y con todo eso no hay cosa mas olvidada, ni que haga menos impresion á la gente del mundo. ¿Qué idea se tiene de esta felicidad? ¿qué caso se hace de esta dicha? Morir en gracia del Señor, ¿es lo que se llama en el mundo hacer fortuna? ¿Pero al fin, hay por ventura otra fortuna que hacer? ¿es fortuna vivir entre la opulencia, los deleites, los pasatiempos y el regalo, y morir entre las angustias, los remordimientos y la desesperacion? Vivir cercado de esplendor, colmado de honras, logrando el favor del príncipe, esto se llama ser un hombre feliz y afortunado; pero es menester con-

fesar que esa fortuna, esa felicidad y esa dicha es bien superficial, es bien corta, y está acompañada de inquietudes, de sustos y de sobresaltos. ¿En un mar tempestuoso está siempre sereno el cielo? ¿son todos los días de calma? ¿no se experimenta alguna agitación cuando se sube tan alto? ¿esos primeros empleos son siempre muy tranquilos? ¡Ah, que apenas se toma posesión de ellos cuando es preciso dejarlos! No hay grande, no hay afortunado del siglo, cuyo heredero ó cuyo sucesor acaso no haya nacido ya. En el mundo, hablando con propiedad, ninguno hace mas que prevenir el lugar para su sucesor; se puede decir que nuestros bienes pertenecen en sustitución á nuestros herederos; que nosotros no somos mas que como unos fideicomisarios universales, y que solo tenemos el uso de ellos por tiempo determinado, pasado el cual es preciso entregarlos á otro. Despojámos la muerte de todas esas brillantes insignias de la dignidad; aniquila todos nuestros dictados y todos nuestros derechos; apaga todo el esplendor, todo el orgullo y todo el lustre. La grandeza mas soberana, la misma majestad se estrella contra el sepulcro. En la hora de la muerte toda la fortuna y toda la felicidad humana es un sueño, y nada mas. *Beati qui in Domino moriuntur*. La verdadera idea de la felicidad verdadera es morir en el Señor, es morir en su gracia. Aunque uno hubiese sido pobre, desgraciado y miserable por toda la vida; aunque esta hubiese sido la mas trabajosa, la mas oscura y la mas vil, si murió en la gracia de Dios, á esa muerte se sigue, y de esa misma muerte nace la nobleza mas augusta, la grandeza mas respetable; una felicidad eterna, que ni el tiempo la puede consumir, ni las revoluciones la pueden alterar, ni el mismo Dios como inmutable en sus decretos, puede ya turbar su posesión. En la muerte los mayores príncipes quedan á un mismo nivel con sus mas ínfimos vasallos; la muerte al menor de los santos le hace superior al mayor de todos los monarcas del mundo; un vil esclavo, un pobre labrador es ya objeto de su veneración; todos los grandes de la tierra hincan la rodilla delante de sus imágenes y sus retratos; respetan, honran y adoran sus reliquias. ¡Oh, y cuánta verdad es que son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!

El Evangelio es del capítulo 6 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á he bajado del cielo. Si alguno la muchedumbre de los judíos: comiere de este pan, vivirá Yo soy el pan que vive, que eternamente; y el pan que yo

daré, es mi carne, *la que daré* si no comiereis la carne del por la vida del mundo. Dispu- Hijo del hombre, y no bebie- taban, pues, entre si los ju- reis su sangre, no tendreis vi- díos, y decían: ¿Cómo puede da en vosotros. El que come mi éste darnos á comer su carne? carne, y bebe mi sangre, tiene Y Jesus les respondió: En ver- vida eterna, y yo le resucitaré dad, en verdad os digo: que en el último día.

MEDITACION.

Del deseo de la muerte.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el verdadero deseo de la muerte (hablo del piadoso, y no del que nace de desesperación ó de poco sufrimiento de las miserias de esta vida); este verdadero deseo, digo, no puede menos de ser efecto de un vivo y ardiente amor de Dios, y fruto sazonado de una fervorosa virtud; es una santa y dulce ansia de que se levante este destierro, de ir á la amada patria; es una inocente pasión por salir cuanto antes de un país enemigo, donde enteramente es menester estar alerta contra los lazos y contra las sorpresas, donde ni la mayor vigilancia ni el mas atento cuidado son bastantes para que se pase ni un solo día sin alguna herida; es en fin un dulce movimiento del alma hácia su Dios, como á su último fin, como á su soberano bien, como á su suprema felicidad, como al reposo, á su centro, á su alegría pura sin alguna mezcla.

¿Qué admiración puede causar el que un caminante desee con ansia llegar cuanto antes al término de su viaje, ni que un encarcelado suspire por salir de la prisión? ¿Qué extraño puede ser el que sepan mal al paladar unas frutas siempre verdes y siempre amargas? ¿que disguste un país donde se está de paso, sujeto á continuas tempestades, á huracanes perpetuos, cuyo terreno solo lleva espinas que punzan y penetran? Una alma que conoce á Dios, que ama á Dios, que hace reflexion á las miserias de esta vida, á la brevedad de sus días, á los peligros de la salvación, á los lances en que nos ponen aquellos con quienes vivimos, y nuestras mismas pasiones, ¿como puede menos de eselamar con el apóstol S. Pablo: *Quis me liberavit de corpore mortis hujus?* ¿quién me librá del cuerpo de esta muerte? ¿Cómo puede menos de no sentir aquel impulso, aquella fuerte inclinación, aquellos vehementes deseos de hallarse ya en la Jerusalem celestial? ¿cómo puede menos de no mostrar el ansia que tiene por estar con su Criador, con su Salvador, con su divino Esposo,

con su Padre, y decir continuamente con el Apóstol: *Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo*: deseosa estoy de ser desatada de esta prision, y vivir con mi Señor Jesucristo? ¿Cuántos santos tuvieron los mismos deseos, y usaron el mismo lenguaje, y no ya precisamente por el tedio ó por el disgusto de la vida, pues muchos de ellos vivian con toda la abundancia y con toda la grandeza de la corte? En medio de ella esclamaba el real profeta David (*Psalm. 119*): *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* ¡Ay de mí, Señor, que va muy largo este mi destierro! todavía me veo precisado á quedarme entre los moradores de Cedar, y suspira mi alma desterrada tanto tiempo ha en tierra estraña: *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus*: estoy perpetuamente cercado de enemigos, siendo yo tan amante de la paz; y basta decirles que la deseo, para que por lo mismo me hagan mayor guerra. ¡Es posible, Señor, que una vida tan miserable pueda ser apetecible á los que tienen fe! ¡Ah, que solo es admirable para ejercitar la paciencia!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que una alma verdaderamente cristiana tiene tantos motivos para no amar esta vida, que no puede menos de mirar la muerte con alegre complacencia. Cuando se hace reflexion á la multitud de calamidades de que está inundada toda la tierra, al número sin número de enfadosos accidentes, de disgustos y de enfermedades de que está como anegada esta triste vida, ¿á qué revoluciones y á qué amarguras no nos hallamos espuestos? Todos nacemos llorando, y el último suspiro sale siempre mezclado con lágrimas. Ni la mas sombría soledad, ni el mas espantoso desierto es seguro asilo contra las tentaciones y contra los peligros; todo está sembrado de espinas; cada paso es un precipicio. Es una continua guerra la vida del hombre; es menester estar siempre con las armas en las manos; capitular un solo dia de tregua, es darse por vencido: *Foris gladius, intus pavor*: estragos por la parte de afuera, pavores y sustos por la de adentro: no hay dia sin nieblas, no hay estacion sin borrascas, no hay edad sin turbacion, no hay condicion sin peligros; peligros en el poblado, peligros en el desierto, peligros en todas partes. Derrámase la hiel y la amargura hasta en las mismas diversiones; todo contribuye á hacer la vida triste, tediosa, insoportable. De esta manera, buen Dios, nos quisisteis poner en la dichosa necesidad de sentir la amargura de nuestro destierro, y de suspirar incesantemente por nuestra patria celestial. Oh, Señor, ¿qué cosa nos puede alegrar en esta region de llantos?

Quomodo cantabimus in terra aliena? ¿Cómo es posible, decian en otro tiempo los israelitas, que nos podamos alegrar en tierra ajena? Sentados á las márgenes del rio de Babilonia, imagen natural de una vida que corre con rapidez á la muerte, ¿cómo no hemos de derramar un torrente de lágrimas, acordándonos de nuestra amada Sion (*Psalm. 136*)? *Illic sedimus, et flevimus, cum recordaremur Sion*. Consumidos de dolor en tan melancólico destierro, colgarémos de los sauces nuestros instrumentos músicos, y nos abandonarémos al llanto y á la tristeza: *In medio ejus suspendimus organa nostra*. ¡Oh, y cuánta verdad es que una alma ilustrada con las luces de la fe, encuentra pocos gustos en la tierra! ¡cuánta verdad es que la vida tiene pocos atractivos para quien no pierde de vista su último fin! ¡cuánta verdad es que la muerte es de grandísimo consuelo para los que aman abrasadamente á Dios!

Concededme, Señor, esta viva fe, que escite en mí un verdadero disgusto de este desdichado destierro; haced presente siempre á mi memoria mi último fin, para que tenga por amargos los dias de la vida; y abrasadme en vuestro divino amor para que desee ansiosamente estar cuanto antes con vos.

JACULATORIAS. — ¡Ay de mí, que se alarga demasiado mi destierro! (*Psalm. 119*.)

Deseo con ansia ser desatado de la prision de este miserable cuerpo, para vivir cuanto antes con mi Señor Jesucristo. (*Rom. 7*.)

PROPOSITOS.

1 Algunas, y aun demasiadas veces desean la muerte los mundanos; pero estos deseos, hablando con propiedad, son efecto de la desesperacion, de la rabia y de la impaciencia, porque no pueden sufrir los trabajos y las desdichas que los despedazan. Son unos impetus, unas llamaradas del furor, hijas de la locura mas que de la razon, siempre pecaminosas y siempre reprehensibles. El deseo de la muerte en las almas cristianas y fervorosas siempre es inocente, siempre tranquilo; es un ardiente deseo de librarse del cuerpo del pecado, y de verse cuanto antes en estado de no poder ofender mas á Dios; es un deseo ansioso de ver á Dios, de poseer á Dios sin miedo de perderle nunca. Ten horror al primer deseo, porque es una impaciencia gravemente culpable; pero aspira al segundo, que siempre es puro, siempre inocente, imitando á Sta. Teresa, que á cada hora de reloj se animaba alegremente, diciéndose á sí misma: *Ea, buen*

ánimo, que ya estás una hora mas cerca de la eternidad. Ya seas feliz, ya seas desgraciado; ya todo te salga mal, ó ya todo te salga bien; ya te halles en elevacion, ó ya te veas en oscuridad; ya gimas acosado de enfermedades, ó ya goces la mas robusta salud, protesta á tu Dios lo mucho que deseas poseerle cuanto antes en el cielo, y el disgusto con que estás en esta vida, aunque lleves con paciencia y con resignacion sus miserias y trabajos.

2. Evita aquellas quejillas, que son efecto de nuestra impaciencia, de nuestra inmortificacion y de nuestra poca virtud. En todas las aflicciones que te ocurrieren acuérdate de la muerte, como término que ha de poner fin á todas las miserias. No hay cosa que tanto vaya desgastando los lazos que nos tienen aprisionados á la tierra, como las adversidades. Piensa con frecuencia en la feliz mansion de los bienaventurados, y siempre que hagas oracion por los difuntos procura disgustarte de esta vida. El pensamiento de la muerte consuela mucho á los que viven cristianamente; lo que nos hace amarga su memoria es el desórden de la vida. Vive bien, sé devoto, ama á Dios, y te parecerá dulce la muerte; sazona todos los gustos de la vida con este saludable pensamiento; si tuviéramos viva fe, ninguno dejaria de envidiar santamente á los muertos que mueren en el Señor. *Quam sordet terra cum caelum aspicio!* decia S. Ignacio. ¡Qué hedionda me parece la tierra siempre que pongo los ojos en el cielo! Siente tú lo mismo y practica lo propio.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE LOS SIETE SANTOS HERMANOS, HIJOS DE SANTA FELICITAS MÁRTIR, CUYOS NOMBRES SON GENARO, FELIX, FELIPE, SILVANO, ALEJANDRO, VIDAL Y MARCIAL, en Roma, siendo emperador Antonino, y prefecto de la ciudad Publio. Genaro fué azotado con varas, encarcelado, y por último muerto con azotes de cordeles emplomados; Felix y Felipe fueron muertos á palos; Silvano despenado; Alejandro, Vidal y Marcial degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LAS SANTAS VIRGENES Y MÁRTIRES RUFINA Y SEGUNDA, hermanas, también en Roma; las cuales en la persecucion de Valeriano y Galieno, despues de varios tormentos, hendida la cabeza de la una con un golpe de espada, y degollada la otra, volaron al cielo: sus cuerpos se guardan con la debida veneracion en S. Juan de Letran junto al baptisterio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO, MARINO, NABOR Y FELIX, en Afri-